

LA ESPESA TIERRA AMARGA DE LOS MUERTOS

Primera edición: octubre de 2025

D. R. © Francisco Magaña

D. R. © Mano **S**anta Editores

Director: Jorge Esquinca

Editor: Emmanuel Carballo Villaseñor

Diseño editorial: Luis Fernando Ortega

Colección: **Prueba de autor**

Codirección: Luis Fernando Ortega y Lizzie Castro

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

FRANCISCO MAGAÑA

*La espesa tierra  
amarga  
de los muertos*

mano*Santa*  
E D I T O R E S

COLECCIÓN: PRUEBA DE AUTOR

A Magdalena

### CON EL PRIMER DOLOR

por el antiguo soliloquio recordador de brumas.

Con la primera aparición destructora del tibio despuntar los  
aspavientos.

Para saber que estamos aquí donde el olvido, fuera del sueño  
en el hasta entonces ayer delirante como la reunión en la muerte de los  
años no nacidos. Que ardemos porque sí  
en la brasa canción de la nostalgia, para que suene la náusea a punto  
del desgarramiento en el consuelo de la resignación.

Que ardemos

porque estamos aquí, donde comienzan

a sonar los templados acordes de la fiesta. Porque el encuentro fue con  
la espesa tierra amarga de los muertos, con la pregunta de tu  
sangre reverberando

en la mía y con la danza de vacíos y alharacas en la penumbra fiel  
y desmedida: el naufragio canción de las sirenas, la difusa  
iluminación en los cimientos inaprensibles donde apareces y  
reinventas la magia de los desconciertos,

las estrellas sin nombre en el principio de nombrar sin saber  
los espectros de un sin sentir a punto del desahucio, de una noche  
mansión de dientes fríos en la cálida yugular de las esperas.

### Que nada

es cierto. Que sólo el olvido es la memoria difunta en la resurrección  
constante de las aguas que brotan de sus contornos para alegrar  
la primerísima noche del velorio. Que todo es la lenta  
prolongación de vacilaciones y sombríos arranques  
condenados al hastío desde el nacimiento.

Que nada es cierto.

Que lo demás es el verbo en el espacio estancado y concéntrico de  
palabras resquebrajando la inmóvil permanencia del reposo.  
Que en las flamas del reino rescatado alguien ruega para que  
nazcan las llamas de las sílabas que oscurecen el brillo de  
diamantes. Y la fuerza ruin del golpe convertido en añoranza  
a la deriva.

El resplandor bajo las frondas entristecidas del relámpago.  
El revuelo de hilos cascabeleando  
en los primores de una aurora tan dueña de sí misma, como la flama  
en el centro de las oraciones, custodiada por el guardián acecho  
en la devoción triunfante de la herida de un desierto  
tan espada empuñadura  
en el altar jardín de los tormentos. La orilla donde aparece  
tu imagen, la configuración de recreadas como falibles identidades,  
hallada aquí en la angustia final del canto memorioso.

¿Y si es en el cristal tu sangre  
la forma de las sombras vanas?

**Cuando nada cede**

al abrupto proceder de las consignas, cuando el intento de la revelación  
es un bosquejo de signos inflamados por la oración delirante,  
y cuando los vientos del hastío cabalgan sórdidos con el múltiple arrojo  
de los desvaríos inesperados, entonces quizá sea tiempo  
de buscar los añicos en la invocación desposeída  
que fugitiva y andante sabe del muerto amor,  
de su origen volviendo hacia su origen como vuelve el germen  
desbordado  
por sus chispas de esfuerzos y arrebatos.  
(Aferrada la esencia a la perpetua divagación  
de los sentidos y explosión irredenta, de otredad privilegios y masacres

que confluyen en la extraña charca  
de una conciencia a punto de olvidarse, como la destrucción  
de los engarces  
en las cuentas sin fin del aire a mediatarde, o como la plaza a solas en  
la mediamuerte:  
como el espectáculo insondable que cuestiona sus raíces,  
que domina los pasos, la caída de un espíritu en penumbras.)

### Que ahora

ya no la por siempre invadida hierba de las alianzas con el demonio  
en víspera del incendio. Antes los excesos caminando sobre  
el milagro de las aguas en la garganta todavía incrédula, la  
cumplida llamada en el cuerno del olvido y en el pacto con  
la plenitud de los dones amarrados a las manchas que acaso  
nunca descifraremos.

¿Quién habita la muerte a cada instante  
en la agonía que introduce entre sus pálpitos el hálito peñasco de los  
estupores? Eran demasiados los vientos contra la persecución  
de pájaros indefensos y aleteando sus temores en plena fuga  
de los remordimientos.

Demasiada la apostasía y demasiada entrega sin reservas a la llama.  
Mientras tanto el natural acontecer de tiempos contra sí mismos:  
sus hálitos

de paz incomprendidos en el principio fin de sostenerse, como la fruta  
en el suelo a punto de podrida se eleva al sitio más que justo de las  
manos hacia el cielo, hacia el centro del aire y del mandato,  
en la obediencia

de plegarias concebidas desde aquí donde aparece la misma noche que  
se busca y piensa en el encuentro y no sabe que es demasiado  
el tiempo del ayer: el ansia que desampara con su baile  
de adioses el pedazo de tierra donde acaso existiremos; el

movimiento que no conoce el final en la presencia de una  
certidumbre tan grave como la llaga en el dedo del corazón  
hirviente;  
el espejismo, los exilios en la indisposición de las almas moradoras de la  
última llovizna, del último estertor.  
Y la borrasca en la tinta fluir del noble árbol del vuelo,  
del abrigo del alba para encontrar en algún tu gesto el crujido  
acariciador  
de tumbas, para evadir la invasión que levanta los silencios,  
para dormir al fuego en la amenaza impura de las imprecaciones.  
Andar con la canción festejo de bullicios, con la flor entre las manos  
primerizas que tiemblan ante el contacto con la tierra  
abriéndose  
en el surco feliz de los difuntos; con la piel enroscándose en la espiral  
destello  
de alegrías, en los pasos invisibles del viento a medianoche, y andar  
con el bullicio festejo en el estallido inminente de la voz en  
la primera manifestación de petardos en las calles, en los  
inviernos, en las venas palpitantes del amanecer que no quiere  
dejar de serlo. Y en la palabra que se resiste  
a dejar el instante que pueda convertirla en peregrina confesión de ojos  
que se abren para dibujar el frío amanecer de estar despiertos:  
y he despertado  
para saber que todo el silencio es la oración ensimismada en sus propios  
desvaríos.  
Para saber que el monosílabo nocturno flota inmisericorde en el templo  
donde ofician ingenuos exabruptos. Con el sabor a nada  
en el cuello  
hasta la sangre resonante en el paso larguísimo del vuelo sin sentido,



y para vislumbrar el aullido del calor donde arden los ojos ya  
desahucios,  
he despertado mármoles para celebrar el sopor insostenible  
de quienes ya no están pero he también bailado  
en el prodigio y maravilla soliloquio de estupores  
donde resuena la armonía reinante  
en la tinta más intensa y más oscura del precipicio.  
**Para la muerte he despertado.** Para volver espina  
el conjuro angélico de lastimeros caminos dirigidos a la insistente  
procesión descubierta bajo la sombra incendiada de las almas  
no nacidas. Y para recorrer el instante y para abrir la puerta  
del sueño mediomuerto, he despertado.  
En el sarcófago madera del final, he abierto los brazos  
en el aire mortuario que regresa a la nada.  
La respiración es tal vez el ojo de la tierra que te nombra. Se parece  
al convidado que teje en el cuarto huésped las visiones teñidas en la  
misericordia de los silencios, de callados aspavientos contra el revés  
incólume del hastío. Y el alma se respira en su propia esencia.  
Desvencija los bastiones casi túnel en el coraje impotente del  
abandono, en la huella del perfume, en el aroma con alas  
incontrolables que se erige mando en el reino turbulento  
de la agonía regodeada en la memoria. Para entonces ya fue  
la manifestación de una estrella apenas parpadeante, de un fulgor  
casi nada  
y de un remoto temblor adherido al llanto en la sal de los  
arrepentimientos.  
Tanta furia, tanto coraje en la lámpara que muy apenas alumbraba las  
insólitas fronteras de su vacío. Y muy adentro el infierno  
lastimado por un a veces

plácido transcurrir de pasiones asomadas al hueco donde la  
reverberación prodiga sus heridas, sus vanas metamorfosis  
que exploran la verdad descompuesta por la tiniebla  
hermética, por la incertidumbre que recorre con la noche las  
posibilidades grandísimas de la transparencia cada vez más  
negra, cada vez más balbuceo y en todo caso más desnudez  
el sonido que te llama con un adiós, con un silencio, con una  
veladora entre las manos.

Con una veladora, con una apenas flama. Con este ruego en el suelo  
este deseo en el polvo. Con este milagro que el ayer ha  
descubierto en la tierna aparición de letras desbocadas hacia el  
primer dolor a punto del amanecer. Todo entonces está dicho  
para el filo punzante del abandono, para la caricia, el beso y la  
mano del adiós.

### Todo para la primera cicatriz del desvelo.

Para el insípido devenir del escondrijo, para el ala sin fuerza  
de los caminos nunca recorridos; para la huida, para el alfiler en la  
garganta  
del miedo nocturno; para las tumbas, para el rostro agrio de los  
sepultureros  
y para el primer invierno de la primavera, todo está dicho.  
Todo está escrito  
para cantar a quien falta. Para volver en lo oscuro con el secreto  
de los años  
que lagrimea por el suelo la garganta con un tal vez retrato,  
con un tal vez  
crepúsculo silencio, temblor de sueños de un muy su ayer en extravíos  
de ahora, padeciendo la saña de fulgores, de incendios, el  
rictus del adiós que aletarga  
la calma, el equilibrio y levanta su cárcel, sus cadenas de ardor

despertado  
a mediamuerte cuando la fogata prodiga la hiriente soledad de los  
cautivos,  
y de unos ojos como el invierno, de unas manos muriendo en las  
manos del asesino que alumbra con su rabia juramentos,  
venganzas anunciadas, parloteos de una piel como el otoño,  
de cuánta piel en la estación más loca de la vida, en el rincón  
de los llantos y en el rincón más alucinado de la cordura. Mas  
qué rincón de risa,  
de condena, de memoria inquieta. Mas qué rincón anuncio de alegrías,  
de instantes doledores, que tiempo hay para la desventura, que siempre  
lo habrá para el efímero minuto de la nada donde más que el rencor  
de los espantos el solo espanto sin ardid es provoca el torrente  
sanguíneo, el sopor, la espera,  
los frágiles destrozos en la noche de un sueño más tormento, más dulce  
y fugitivo  
y más amargo que nuestro cementerio, que la tumba que retumba  
imposible en nuestra mirada, con badajos oscuros como el  
hacha del verdugo laborioso,  
del cuello fustigar de la clemencia de la tierra esperando en la entraña  
con sus fuentes de engaños que somos y seremos relámpago  
de un beso más locura, estrella en el estanque y cadencia de  
las hojas que oscilando resucitan pupilas y conciertos: como el  
adiós de una caricia al descubrir la simiente de andar porfiado  
en la exaltada  
fe de abandonarse para cumplir el castigo que reclaman los pasos,  
nuestros pasos sonámbulos en el reino vanagloria de hundirse  
en la estación donde todo  
es comienzo del secreto a voces intimidado por la rabia pasión,  
descendiendo

al muelle aposento de la lucha que entrega sus aires para la lenta  
posesión  
que camina los misterios de un gemido, de un verano, no el mismo  
enloquecido por volver a sus auroras, a su alto florecer, a sus  
lamentos de vivir a escondidas el alcance de una gloria más  
gloria y más sensible que la existencia  
de los altos peregrinos cautivos que pregonan los desdenes de un cielo  
así favorecido, en el alma chispeante revelada en nacientes  
secretos pasionales hasta el rapto desprecio y lontananza y  
hasta la cruz el beso y la traición y el miedo.

Volveremos pasionales al embrollo volveremos.

Atrapados en tardes alargadas  
como el yerto perpetuarse en las horas soterradas de un abril tan  
invierno como el fuego inclemente y dedicado al rasguño  
mortal del arma herida, del arma puñalada en la vena  
esculpida, desgarrada como bonanza escritora de indignos  
aspavientos con la brisa ventisca de recuerdos, puñal puño en  
la piedra del advenimiento, piedra, nombre más reyerta jamás  
que te vislumbre en el incendio niño, como el mástil  
pregón escapulario, espejo, viento en rústicos derrumbes o putrefacto  
dolorido pasado que al rayo de sol inmoviliza sus pasiones, que  
sin quererlo glorifican, encumbran sus impulsos en el agua  
cielo de los amaneceres, aunque el placer invente sórdidas  
reverencias y el sol incline el golpe entraña  
que para sí pide la miasma, el acertijo, el sortilegio de la sal  
en las venas,  
en las arterias moribundas, fiesta de difuntos, o mañana tal vez  
se filtre la pregunta escurridiza, sin bridas ni control, sin un porqué,  
sin una flama sola en el llorar sin razón de una renuncia más, de otra

mentira. De nuevo el juego, la pasión confesa, arrepentida, el llanto en la mañana.

Y a quién hablar a quién si los perdones son conciencia de una conciencia sucia como sus designios, probadora de médulas, de mentiras infalibles, altaneras formas vanas como la inútil ingenua estratagema que sabe de esos latidos que se pierden luego en la memoria atenta al sacrificio, en el día de ayer cuánta distancia, cuánta lejanía, qué indestructible el reino de sus dominios en posesión del mundo, juego mortal en el que triunfa la pátina de cuándo, como un mañana del brillo, el resplandor de algún llorar reverberante. Hoy sólo sombra, adiós.

Hoy sólo sombra de un intento desquiciado,

pueril, infame, primerizo, tierno, o tan anciano, tan entumecido como la tinta magia y desparrame, tan lento el laberinto, de fuego la memoria,

el recorrido, el rincón de la ternura en el óxido impasible que en el fondo

de las aguas resguardada, reincorpora sentimientos al filo del abismo: nacientes, lacerantes que ante la presencia de algún nombre, revierten como quebrantos

la osadía de pronunciarlo a solas, de repetirlo marchito, muerto en el tono

de los labios que al saber del sonido resucitan en la plaza de tarde, sangre, gritos que permiten también el atropello de una espada, un embate, de una furia

igual a la caída enamorada de un amante pasión y desconcierto, como la vena que en diagonal penetra el tajo, la manera del buen morir enamorado y bravo

y tan contento. O el peso y cruz en la espalda que soporta la grandeza  
de unos como el Altísimo ser que a medianoche vuelve a la atalaya  
de su vigía,  
mientras el alma sueña lánguida, pertinaz, provocadora el alma sueña  
el mismo sueño que soñarán mañana soñadores los ojos entreabiertos,  
el desvelo de mirar en la noche los reflejos de aquel nombre  
renombrado  
que confundió la espera con el nunca: vislumbre de esperanza  
con el cansancio  
de volver la vista enrojecida a los encierros, celdas, soledades, muescas  
en la madera donde se unen combates, se confunden los cuerpos,  
las caricias,  
los murmullos, el amor con el juego, los incendios con los años  
gastados  
por la necia manera de invertir los infortunios  
y más cantante, igual que el soliloquio es quebranto de las fibras adiós  
que ya te fuiste, a escondidas mirando el desenlace, el paso de  
mis pasos  
derrotados, inermes, después que ayer, después que las palabras  
dejaron cicatriz en la memoria, como el aroma de un cuerpo  
tan efímero  
y tan necio como este lento transcurrir del tiempo con el silbido  
que atormenta, atosiga y maldice, qué vuelco el corazón y  
desvarío, qué tormento, qué locura  
por ser él mismo cómplice confeso y sin perdón, sin arrepentimiento  
del rumbo  
de sus pasos, de sus caminos lacerantes como un decir también aquí  
ya basta, ni un paso más, ya no, ya no hay remedio o habrá  
que regresar mañana a robarse los ojos peregrinos de tedios  
sinsabores y esperanzas, como el delirio enfebrecido de un

trastorno tan cruel como el olvido, de un nombre en la vida  
de las venas, letra por letra, sangre, abismo, precipicio, años  
tras años letras de un ardor perdido desde el ánimo negro,  
o desde el vientre de la misma razón de sus pasiones, del palpito  
entrometido en un guiño, una señal que trocó en sombras la  
batalla, la danza del adiós,  
el furor, la pregunta interrogada.

Ni un paso más. Ni un paso vacilante. Ni uno más.

Acaso repetir el timbre de sus letras, el festejo de un mundo  
maltrecho, adolorido. ¿O acaso retomar las oraciones en  
busca de la refulgencia trinidad de los sentidos, del jolgorio  
bullicio, de la misma redención destellante, vorágine de  
sueños complacientes, tumultos, éxtasis y desesperos en el  
marco del llanto tan universo, de un quizá que vuelve, que  
retoma la pregunta, la misma, la pregunta que retoma la  
misma y hacia dónde la plegaria o el nacimiento de un tal vez  
mañana altísimo refuego y beso oculto, presentido?  
¿Es lo mismo esperar en la esperanza ardor, castigo, llama que consume  
tras la mirada necia, tras las risibles palabras de imposibles  
que en la nada se engrandecen?

Para después volver a los labios heredados del olvido. Para después  
pensar el clavo en la garganta, el beso a quién en el vacío,  
la mirada en los ojos del visitante que recuerda la vigilia  
en la alcoba funeral del tiempo.

*La espesa tierra amarga  
de los muertos*

de Francisco Magaña,  
se terminó de imprimir durante  
el mes de septiembre de 2025,  
en Guadalajara, Jalisco,

MÉXICO.

La edición consta de 45  
ejemplares, numerados  
y firmados por el autor.